

La página viva

El invitado de la medianoche

José de la Colina

En una hora muy avanzada la fiesta se hallaba en su apogeo.

¡Nunca, nunca vacías las copas!

Los hombres se portaban pícaros, ruidosos y galantes.

Las muchachas se desabotonaban, se abandonaban al vértigo del momento.

Chispeaban los ojos entornados por el placer.

Volaban canciones ritmadas por los tintineos del cristal y por las risas cristalinas.

Súbitamente, el reloj del comedor interrumpió su tictac monótono y rechinó como acostumbraba antes de dar la hora.

Las doce campanadas cayeron lentas, solemnes. Parecían querer recordaros las innumerables ocasiones en que habían sonado para vuestros abuelos y anunciaros que seguirían sonando cuando vosotros ya no estuvieseis en el mundo.

Sin darse cuenta, ellos bajaban su jolgorio y ellas reían menos alto.

Alberico, el más loco de la pandilla, alzó la copa y dijo con solemnidad irónica:

—¡Señores, la medianoche! La hora es llegada de proclamar que Dios no existe.

¡Toc toc toc!

Tocaban a la puerta.

—¿Quién será? No esperamos a nadie más y he dado la noche libre a los sirvientes.

La puerta se abrió y allí se vio a un alto anciano de larga barba plateada y de blanquísima túnica.

—¿Quién es usted, buen hombre?

El viejo susurró:

—Soy Dios.

Todos se sintieron algo incómodos, pero Alberico dijo con su habitual sangre fría:

—Bien, pero confío en que eso no le impedirá brindar con nosotros.

En su infinita bondad, Dios aceptó la invitación y muy pronto todos se tranquilizaron.

Volvieron a beber, a reír, a cantar, y Dios lo hacía con ellos.

Por fin en el alba lívida palidieron las estrellas y los invitados empezaron a marcharse.

En el momento de despedirse del anfitrión, Dios, comprensivo y sintiéndose con el mejor de los talantes, admitió que no existía.

Alphonse Allais,
en *Allaisgrement*.

(Versión de J. de la C.)

El francés Alphonse Allais (1854-1905), nacido con tal apellido verdadero aunque suene a un seudónimo que le permitía firmar a veces *Allaisgrement* (Alegremente), fue farmacéutico e inventor (en compañía del poeta Charles Cros) de un sistema de fotografía en colores; fue socio del Club de los Hidrópatas (favorables al vino, odiadores del agua); fue narrador bufo en el cabaret Le Chat Noir inmortalizado por los *affiches* de Toulouse-Lautrec; fue pintor que exponía en el Salón de las Artes Incoherentes... Y fue, sobre todo, el humorista emblemático de París en la Belle Époque. Colaborador asiduo y muy bien pagado en el periódico *Le Journal* y en el irreverente *Gil Blas* con artículos y cuentos que reunía en libros: *La vie drôle*, *À se tordre*, *Le parapluie de l'escouade* y, claro, *Allaisgrement*, ejercía su talento en una comicidad burlesca y/o absurda escrita con un estilo serio que correspondería en cine al del rostro imperturbable de Buster Keaton, el gran cómico del cine silencioso. Prosista rápido y entre rudo y elegante, mereció que André Breton lo incluyera en su *Antología del humor negro* o dijera de él: "Si se emparenta, pese a to-



Alphonse Allais

do, a autores más nocivos que dan el tono de esta antología, es menos por la sustancia clara y casi siempre primaveral de sus cuentos cuyo aroma pocas veces es amargo, que por el ingenio con el que ha atacado, bajo sus mil maneras, la estupidez y el egoísmo pequeñoburgués que culminaban en su tiempo. No sólo aprovechaba cualquier ocasión de ridiculizar el lamentable ideal patriótico y religioso exasperado en sus conciudadanos por la derrota de 1871, sino, además, excelentemente pone en dificultades al individuo satisfecho, maravillado de truismos y seguro de sí con el que se codeaba en la calle".

Pero en la obra de Allais, regida por una filosofía autoproclamada de la "comicidad científica", el humorismo puede alcanzar calidad poética, como en este cuento originalmente titulado "Dieu". Si hay en la risueña anécdota una apenas esbozada sátira de la intelectualidad salonera, champañera y esnob de la Bella Époque, hay también una suerte de simpatía por unos juerguistas de frívolo ateísmo y, particularmente, por la figura de Dios visto como un buen compañero de juerga que, contagiado por el ambiente festivo, termina aceptando la idea de su inexistencia.

En este cuento alegre, que hacia 1955 me descubrió Juan José Arreola, el humor supuestamente negro va matizado con una ladeada sonrisa lírica. Lo he retitulado "El invitado de la medianoche" para no anular sus dos bonitos efectos de *suspense*. ▣